

Los buenos modales

Asensio Sáez

Escritor

D ICEN que vuelven los buenos modales y que ya empiezan a funcionar unas escuelas que pudiéramos denominar de *buen crianza*, en las que, junto al modo de emplear correctamente los cubiertos en la mesa o escribir una carta de pésame sin ponernos excesivamente lacrimógenos, se nos enseña a cederle el paso en una estrecha acera al posma de don Evaristo. Pues qué bien. Que le pregunten sobre el tema a aquellos ciudadanos que en la Plaza Mayor de Madrid y alrededores vieron envueltos en los altercados promovidos por centenares de estudiantes incontrolados que, para celebrar el primer día de las vacaciones correspondientes a la pasada Navidad, la emprendieron alegremente a leñazo limpio contra peatones y automovilistas. Contar y no acabar de aquel bulle-bulle, verbena de la Paloma a lo bestia, *garden-party*, con rompimiento de lunas de escaparates, asalto de coches y meada en las esquinas.

Uno no sabe si de verdad vuelven o no los buenos modales; uno sabe, sin embargo, que la calle y no sólo la calle, claro, viene siendo ganada desde hace mucho tiempo por una filosofía del gesto desabrido y desconfiado, y que la falta de respeto al prójimo viene a ser moneda de vigente circulación. Reclamando nuestros derechos personales, nos olvidamos de los del vecino, tan legítimos como los propios. Valga el ejemplo de lo que en cierta ocasión, no muy lejana, le ocurrió a mi buen amigo Pepe, cuyo viaje desde su pequeño pueblo, ciertamente encantador, hasta la populosa ciudad, fue interrumpido por un nutrido grupo de manifestantes que detuvieron el paso de su coche. Se trataba de uno de esos cortes de carretera por los que son reclamados ciertos derechos laborales. Armado de santa paciencia, de codos sobre el volante, veía Pepe transcurrir, inexorablemente, el tiempo que le acercaba a la hora de aquella consulta médica que, tras aguardar varios meses de

turno riguroso, se evaporaba sin remedio. Suplicó porfiadamente, en vano, por supuesto. A los manifestantes, por lo visto, sólo les importaba la pancarta y el pareado. Lo más probable es que sus presuntos derechos fuesen reconocidos luego, eso sí, a costa de fastidiar a Pepe, precisamente hombre correcto donde los haya, último de Filipinas del «beso a usted la mano» y el «pase usted primero».

Le he comentado la buena nueva:

—Pepe, ¿te has enterado de que retornan los buenos modales?

—¿Quieres decir que otra vez van a volver a apagarse los cigarrillos en el cenicero y no en la moqueta, a dejar de utilizar el *grafitti* en las paredes y a cederle el asiento en el autobús a una señora?

—¡Hombre, siempre que ésta no resulte una fornida moza, campeona de taekwondo y se dé por ofendida!

Verdad es que un viento entre garbancero y desangelado golpea, inmisericorde, muchos estadios de la vida actual hasta desmantelar portes y compostu-

ras: denuesto y bocinazo en los atascos, papeles jugando al corro alrededor de las papeleras vacías, cabinas telefónicas arrastradas, insultos de político a político, despiadados empujones en las rebajas de enero, devotos que tras recibir la comunión regresan a sus respectivos asientos en los que se acomodan cruzando una pierna sobre otra, confundiendo el templo con la *Cafetería Montañá*; tuteo al lucero del alba, vituperios al árbitro en el partido del domingo, como válvula de escape a nuestros malos humores...

Está claro que tampoco se trata de ofrecer la sonrisa de Breda cuando en el ascensor se recibe un pisotón de padre y muy señor mío ni, mucho menos, invitar a las visitas a un trozo de carne de foca como hacen, corteses ellos, los esquimales con aquellos exploradores que se aventuran por los polares pagos. Bastaría simplemente con manejar determinadas fórmulas que, a cambio de un pequeño esfuerzo, haría más amable la existencia. Es decir, que, después de tomar como materia de chiste aquel *Manuel*

de *Urbanidad* de nuestros abuelos y contando con aquellas circunstancias, un tanto cutres, que a la vista están, caemos ahora en la cuenta de que, podado de frondosidades y puesto al día, a lo mejor el tal librico continúa funcionando tan ricamente. Sabríamos al menos, qué acto social exige la pana y la boina o la corbata de seda italiana. Evitaríamos así el ejemplo de esos fotógrafos de vaquero y zapatón deportivo que venimos descubriendo en determinadas solemnidades, pululando tan campechanamente junto a respetables personalidades de impecable atuendo.

Reflexionando sobre el final de este articulillo, me aborda de nuevo mi amigo Pepe, facilitándome sin proponérselo el remate de aquél, un tanto derrotista, la verdad. Resulta que, hace sólo unos días, determinados asuntos digamos burocráticos entroncan de nuevo a Pepe a la ciudad, en la que protagoniza toda una completa serie de más o menos pintorescas peripecias. La primera en la frente: al aparcar, una bolladura en su

coche, consecuencia de la embestida de un *Land-Rover*, cuyo conductor escapa a toda prisa sin ofrecerle la menor excusa. Comoquiera que a Pepe ha olvidado un dato relacionado con sus gestiones en la ciudad, trata de llamar a casa. Entra en una cabina telefónica en la que el auricular aparece machacado. Pepe ha de utilizar entonces el teléfono de un bar en el que, al intentar más tarde hacer uso de los servicios, a duras penas puede abrirse paso entre papeles en el suelo, alguno que otro charco, producto sin duda de determinadas incontinencias; una jeringuilla, una pintada obscena... Luego, tras la ventanilla de una impecable oficina de metacrilatos y *peuevecés*, alguien le asesora debidamente, rogándole, eso sí, que vuelva la próxima semana. A la salida, utilizando el paso de cebra, por puro milagro no es derribado por la moto que pasa taladrando con su motor el aire diáfano de la espléndida mañana. Se decide más tarde por un *tempié*, sabroso plato combinado en una buena cafetería en la que los ceniceros cumplen una exclusiva función decorativa y en la que advierte un error de bulto en la cuenta que le presenta el camarero, que ni siquiera se disculpa. Ya en la calle, pisa una caca del precioso chuchó, propiedad de aquella dama de buen ver que le increpa: «¡Ni que estuviese usted ciego!». Poco más: un tirón fallido a su cartera de mano, las ruedas de su coche pinchadas por el gamberros de turno, un embotellamiento al abandonar la ciudad, con insulto y corte de mangas incluido y, al fin, el regreso al dulce hogar en el que puede despachar apaciblemente la correspondencia del día. Va rompiendo sobres y, una tras otra, las cartas inservibles. Comoquiera que la papelería no anda en aquellos momentos a su alcance, alarga la mano hasta el cercano balcón abierto y arroja cómodamente a la calle, pajaritas al aire, los papeles rotos, diciéndose para sus adentros: «¡Qué más da!».

CHUMY CHUMEZ



QUE BARBARIDAD!
¡DIOS NOS PILLE
CONFESADOS!

Y A ÉL TAMBIÉN
COMO SIGAN
ASÍ
LAS COSAS

Falta caridad cristiana

■ ¿Existe de verdad la caridad cristiana? Si ser católico significa ir a misa y vivir de cara a la gente, me apunto no como católico sino como beata. ¡es más rentable!, pero ¿y cuando no practicas esto y sí la verdadera fe? ¿Qué pasa entonces? Sencillamente que haces el tonto, y si lo digo es por propia experiencia, recientemente me vi en la tesitura de avalar a un gran amigo que se encontraba en situación precaria psíquica y económica, no lo dudé y recorrí más de cuatrocientos kilómetros en su apoyo, era sábado y para poder salir de su precaria situación económica —se encontraba en paro y sin ningún apoyo, a pesar de su adinerada familia—, lo avalé sin dudarle en un préstamo,

firmando lo que allí me encontré, fiándome de todos sin leer y a las horas regresaba a mi hogar.

A los pocos meses dicho gran amigo perece en un *presunto* accidente. Yo que había actuado bondadosamente no me preocupé del préstamo pues lógicamente pensé: «su adinerada familia responderá», lo que no fue así, no sólo se dudó de mi reputación sino que se me negó lo que me correspondía y al final por medio de abogado me devolvieron una misera parte, como si fuera una limosna, por no querer meterme en juicio, que ya se sabe lo que supone, ahora se casa mi hijo y por *bondadosa* no puedo darle lo que yo querría para él, puesto que esa familia adinerada me

negó lo mío. Por eso me pregunto, ¿hasta dónde llega el bien o hacer el tonto? Yo soy católica no practicante, pero sí la familia de este señor, nunca olvidaré esta experiencia tan negativa no sólo por lo que supone el pagar mal por bien también me cuesta creer que una madre pueda pregonar el amor hacia los demás cuando no lo practicó con su propio marido en vida o si no como padre de sus hijos.

Yo me resigné a cobrar aquello pero me queda la satisfacción de haber cumplido con mi deber y esto me servirá para sonreír cuando pase por una iglesia y la vea de bote en bote, si todos actuásemos como esta familia deberían cerrarse a mi pare-

cer más del ochenta por ciento de las mismas, realmente somos *sepulcros blanqueados* en eso estoy de acuerdo con la Iglesia católica.

Concepción Navarro Caro.
MURCIA.

Reflexionar cuando hablemos de turismo

■ Desafortunadas y propias de un profundo desconcierto, las manifestaciones del PCAN. Es hora, aunque bastante tarde de reflexionar la ineficaz política turística de dicho partido y consecuentemente de su representación municipal.

Hagamos votos por unir esfuerzos en pro del turismo, tan abandonado por las admi-

nistraciones, mejor trabajar y planificar juntos, que pelear separados.

Mi voto y del colectivo profesional hotelero-turístico de La Manga, hacia el director regional de Turismo, quien, debe consensuar más sus actuaciones, pero es obvio que quiere hacerlo bien.

Antonio Martínez Solana.
director de hotel.
LA MANGA.

A los lectores

■ Las «Cartas al director» tendrán entre veinticinco y treinta líneas mecanografiadas a doble espacio, con márgenes normales y por una sola cara. La Redacción podrá reducir las que no se atengan a esta norma. Han de llevar la firma, dirección y el teléfono del autor, y no podrán publicarse con pseudónimo. No se admitirán las escritas a mano, ni se mantendrá correspondencia sobre los textos no solicitados.